

como máximun contando el de vestirse y desnudarse.

Al ahorro de tiempo, combustible y agua, hay que agregar el de personal, que se reduce al mínimo pues con las duchas no son posibles accidentes de importancia.

La acción de la ducha en las partes superiores del cuerpo se completa con pediluvios, para lo cual se dispone a todo lo largo de la sala una zanja de escasa profundidad. Las alcahofas que lanzan el agua se orientan oblicuamente para regar todas las partes del cuerpo, menos la cabeza.

Afirman los higienistas, que las duchas son muy útiles, sobre todo, en las poblaciones donde la atmósfera está cargada de polvo carbonoso, mineral, etc. donde el lavado de cara y brazos ennegrece la toalla que enjuga.

¡Esto parece escrito para Almería!

Tiene otra grandísima ventaja, y es que, el agua entra por arriba y arrastra toda la suciedad hacia los pies; de aquí la conveniencia de insistir luego en la limpieza más detenida de ellos, —espacios interdignales y demás,— en las zanjas que apuntamos.

El agua del baño, en cambio, en los cuerpos de piel no exageradamente limpia y cuidada, recoge y se carga de materias contumaces, de los sitios en que naturalmente abundan, que luego pasean por toda

ella, con la consiguiente trasgresión higiénica.

En algunos países, los padres que expresan temores de duchar a sus hijos, les invitan a presenciar una sesión. Y son poquisimos los que no salen convencidos, y aun entusiasmados.

Claro que siempre queda una infima minoría encastillada en no querer ver. Pero eso pasa en todos los órdenes de la vida, y no cuenta en nuestras decisiones.

V. Hugo los retrató de mano maestra cuando escribió: «La terquedad, sin talento, es la tontería llevada a la bestialidad y sirve para prolongarla».

La visión someramente explicada, de lo que será el pabellón dedicado a la higiene corporal y la trascendencia pública de su funcionamiento, justifica plenamente el entusiasmo con que estudiamos y acometemos su construcción, sin más designio ni afán que verlo cumplido.

El deleite hace las obras, decía Fr. Luis de Granada.

Pero, nos interesa no solamente la *obra hecha*, *ergon*, (de los griegos), sino el «perpetuo hacer», la antigua energía helénica.

Aprovecharé todas las coyunturas para repetirlo, porque los límites de esa obra, como los límites del horizonte visible, amplían su extensión a medida que nos elevamos, y cuanto más ascendemos, en